



ANÁLISIS

Los desafíos de la teoría política

LOS IMPERATIVOS DEL MERCADO Y LA IRRESISTIBLE FUERZA DE LA ARGUMENTACIÓN

Por PABLO NEY FERREIRA (*)

Casi nadie duda que en la filosofía política de la segunda mitad de nuestro siglo se puede distinguir entre un claro antes y después de esta obra magnífica. La fama de este libro se debe no solo a la solidez de su argumentación, sino fundamentalmente a su gran capacidad para suscitar un intenso debate interdisciplinar sobre los fundamentos normativos de la política contemporánea, o si se quiere sobre la legitimación del orden político. Hay que tener en cuenta, precisamente para ubicar la obra en su contexto de surgimiento, que la misma aparece justo en la época que culminan las revueltas estudiantiles de los sesenta, la oposición activa de fuertes núcleos juveniles a la guerra de Vietnam, y en general en un momento de crisis de lo que en Europa se dio en llamar el "consenso social democrático", o lo que algún teórico ha denominado el "nuevo contrato social de posguerra" que se extendió en torno al llamado Estado de Bienestar. El propio John Rawls dejó en claro en su obra, impregnada de un fuerte aire socialdemócrata, cuales eran los criterios de justicia para cualquier orden político: pleno reconocimiento de los derechos básicos de la persona y rígidas pautas de justicia distributiva.

La primera gran ola que enfrentó la obra de Rawls provino del lado liberal más tradicional, o sea del lado de los que denomina habitualmente como "neoliberales". Muchas de las críticas que entonces resultaran adecuadas para poner en solfa ese supuesto maridaje entre liberalismo y estado intervencionista, servirían enseguida para sustentar teóricamente a las propuestas "neoconservadoras" de Reagan o de Thatcher.

Solo basta con citar aquí a Daniel Bell o a Robert Nozick para demostrar el activismo intelectual de esta posición quienes poco más que acusaban a Rawls de ser un socialista radical. Con todo, las opciones que entonces competían por el favor de los ciudadanos encontraban todavía un adecuado reflejo en el debate intelectual y académico: neoliberalismo y socialdemocracia eran las claras alternativas a las que sumarse. El problema comenzó a situarse más complejamente con el segundo gran choque de trenes a que dio lugar la polémica obra de Rawls, el enfrentamiento entre liberales y comunitaristas. A partir de aquí, la discusión ya comenzó a delinear un colorido casi exclusivamente académico y provocó un verdadero divorcio entre la política teórica y la política práctica.

Aquí, los que enfrentaban y cuestio-

Durante los últimos veinticinco años se ha experimentado un saludable crecimiento explosivo de la teoría política como disciplina académica. En este hecho posee una indisimulable influencia el desarrollo de los debates que surgieron en torno a la monumental obra del filósofo de Harvard John Rawls, Una teoría de la Justicia.



naban al individualismo abstracto, al sujeto autónomo kantiano, a los valores universales de razón, imparcialidad y objetividad, sostenidos por Rawls, eran los comunitaristas, quienes reivindicaron la prioridad del vínculo social comunitario como punto de referencia insoslayable que dota de sentido al sujeto y lo conforma como tal. Se comienza así a desarrollar una teoría política crecientemente volcada sobre las dimensiones identitarias y culturales que recibirá una importante vuelta de tuerca con la alegre incorporación a la fiesta de las feministas y los posmodernos más diversos. Se ha dicho entonces que pasamos de una manera sutil, del *paradigma de la distribución* como el objeto fundamental del enfrentamiento político al *paradigma del reconocimiento* de identidades y diferencias.

Sin embargo el comunitarismo posee varias corrientes y autores diversos.

Allí conviven, no sin problemas, desde aristotélicos a lo MacIntyre, pasando por hegelianos reciclados a lo Charles Taylor, hasta los coqueteos que realiza Michael Walzer con los autores más claramente republicanos. Con el tiempo las posiciones tendieron a converger y de ello se ha acabado beneficiando la propia tradición política liberal, que casi prácticamente ha acabado por integrar casi todo lo que produce hoy el pensamiento político. Algunos se definirán como liberales más igualitaristas, otros preocupados por las virtudes cívicas o la participación como liberal-republicanos, otros más por las identidades culturales como comunitaristas, y así podríamos seguir. Pero casi todos acaban coincidiendo más o menos en la aceptación de las instituciones de la democracia liberal y la economía de mercado. Nos guste o no, la desideologización provocada por el fin del "so-

cialismo real" ha reorientado el pluralismo de opciones políticas al interior de la teoría liberal entendida, eso sí, en un sentido muy amplio.

Entretanto, y como consecuencia de las dinámicas de la mundialización, ha pasado a un primer plano el problema de la integración normativa de las sociedades complejas, el problema del pluralismo y el multiculturalismo. Y lo que queda del debate entre liberalismo y comunitarismo se ha desplazado desde el problema de las relaciones entre individuos, grupos y comunidad al problema de las relaciones entre comunidades.

Se percibe entonces, y más intensamente luego del 11 de setiembre, un nuevo énfasis por trasladar los problemas normativos al ámbito de las relaciones internacionales y por buscar puentes en el debate intercultural.

La teorización no cesa, ni hay quien pare ya los foros, seminarios y discusiones. Verdaderos ríos de tinta inundan los anaqueles de las bibliotecas. Pero esto a lo sumo es un mero indicador de cantidad, nunca de calidad, no configura para nada una garantía de su relevancia teórica, ni menos aún de su peso sobre el ámbito político práctico. La clase política no parece estar demasiado preocupada por leer el *Journal of Political Philosophy*, ni otras publicaciones por el estilo; creo que carecerían de relevancia para su campaña electoral.

La política de hoy no parece requerir de un discurso teórico elaborado; ni parece estar dispuesta a discutir nada demasiado importante o conflictivo que no le favorezca directamente en sus campañas electorales. Mejor es que el ciudadano pasivo asista sin demasiados cuestionamientos al espectáculo mediático y a los efectistas "jingles" o frases pegadizas que pueblan animadamente las campañas partidarias.

Creo que la pobreza en la imaginación y novedad en la política mundial, tiene más que ver con las carencias en la conformación del espacio público en el que se desarrolla y actúa la política, en el divorcio intelectual entre los políticos y los académicos que no aporten números o estadísticas económicas, y en condicionantes objetivos que responden más a los imperativos del mercado que a la irresistible fuerza de la argumentación.

(*)Licenciado en Ciencia Política Universidad de la República. D.E.A (Diploma de Estudios Avanzados) Universidad de Santiago de Compostela. Candidato a Doctor en Ciencia Política Universidad de Santiago de Compostela.